

# .....Capítulo 1.....

*L*as escolares de pulcros uniformes azul marino que caminaban formadas en una ordenada fila de dos en dos por Great Pulteney Street al raudo paso impuesto por una de sus profesoras, la señorita Susanna Osbourne, venían de la Escuela de Niñas de la señorita Martin, sita en la esquina de las cercanas calles Daniel con Sutton, e iban en dirección al Pulteney Bridge y a la ciudad propiamente tal, situada al otro lado del río.

Sólo eran doce las niñas que formaban esta fila pues las demás ya se habían marchado a sus casas el día anterior con sus padres, tutores o criados para pasar las vacaciones de verano. Estas doce alumnas eran las favorecidas con régimen gratuito, mantenidas en la escuela en parte por lo que pagaban las otras y en parte por las generosas donaciones de un benefactor anónimo. Este benefactor había mantenido a flote la escuela en momentos difíciles, cuando la señorita Martin se habría visto obligada a cerrarla por falta de fondos hacía unos años, y le permitía hacer realidad su sueño de ofrecer educación a chicas indigentes, además de a las de familias adineradas. Con los años, la escuela había adquirido la fama de ofrecer buena y amplia educación académica a niñas y jovencitas de todas las clases sociales.

Las niñas en régimen gratuito no tenían dónde ir durante las vacaciones, por lo tanto dos o más de las profesoras residentes se veían obligadas a continuar en la escuela para cuidar de ellas y entretenerlas hasta que se reanudaran las clases.

Ese verano eran tres las profesoras residentes que se quedarían en la escuela: la propia señorita Martin, Susanna Osbourne y Anne Jewell.

La señorita Martin y la señorita Jewell iban detrás de la fila de niñas. Normalmente no hacían falta tres profesoras para acompañar a un grupo de doce chicas en una salida, pues las alumnas eran muy disciplinadas, o al menos lo eran después de haber estado una o dos semanas en la escuela. Pero era el primer día de las vacaciones de verano e iban de camino al salón de té Sally Lunn's para comer los famosos bollos que se servían allí a la hora del té, el muy esperado convite anual del que jamás disfrutaban las alumnas de pago.

La señorita Martin y la señorita Osbourne iban a tomar el té con las chicas. La señorita Jewell no, pero puesto que la casa adonde iba quedaba en el camino, iba con ellas. Su hijo David iba entre dos de las chicas, conversando alegremente con ellas aun cuando eran varios años mayores que él.

—No entiendo, Anne, cómo puedes renunciar a tomar el té en el atiborrado salón Sally Lunn's con doce niñas bulliciosas y risueñas para ir a respirar el refinado aire de un elegante y espacioso salón con gente rica y con títulos de nobleza —dijo la señorita Martin irónica.

—Me invitaron concretamente para hoy —repuso Anne riendo—, pero tú no quisiste dejar para mañana la visita al Sally Lunn's. Has sido muy injusta, Claudia.

—Noo, he sido muy práctica. Me habrían colgado de los pulgares en el árbol más cercano si hubiera sugerido dejar para mañana la salida. Y a ti y a Susanna también. Pero la verdad, Anne, una cosa es tomar el té con lady Potford, que ha sido buena y amable contigo en el pasado, pero ¡tomar el té con «esa mujer»!

Al decir «esa mujer», se refería a la marquesa de Hallmere, de soltera lady Freyja Bedwyn, hermana del duque de Bewcastle. Antes de abrir la escuela, la señorita Martin había sido institutriz de lady Freyja, que ya había ahuyentado a toda una sucesión de institutrices anteriores. Ella también se marchó, aunque más por indignación que por miedo; se marchó a mediodía y a pie, llevándose todas sus mundanas pertenencias, después de negarse a aceptar una indemnización por dimisión, una carta de recomendación y el transporte que le ofreciera el duque de Bewcastle. En cierto modo, figuradamente, había hecho una cuchufleta a toda la familia.

Lady Potford había invitado a Anne a tomar el té en Great Pulteney Street debido a que su nieto Joshua Moore, el marqués de Hallmere, estaba pasando unos días en la ciudad, alojado en su casa, con su mujer y sus hijos.

—Me invitaron debido a Joshua —dijo Anne—. Sabes lo bueno que ha sido siempre conmigo y con David, Claudia.

Él había sido su amigo en un tiempo en que todo el mundo le había vuelto la espalda, o al menos eso parecía. Incluso la había ayudado económicamente varios años, cuando ella estaba cerca de la indigencia, lo cual dio pie a que circulara el muy desagradable y erróneo rumor de que él tenía que ser el padre de David. Decir que había sido «bueno» con ella era quedarse muy corta.

Susanna había iniciado una canción con las niñas, haciéndolas cantar por fila, y estas cantaban con gran entusiasmo, indiferentes a la atención que podrían atraerse por parte de los transeúntes. La señorita Martin, de aspecto severo y erguida como una vara, ni siquiera pestañeó.

—Y si por un instante yo hubiera sospechado —dijo—, cuando solicitaste el puesto de profesora de matemáticas y geografía hace cuatro años, Anne, que fue «esa mujer» la que te sugirió esta escuela, no te habría contratado ni en un millón de años. Unos meses antes había venido a la escuela, y estuvo fisgoneando con esos ofensivos aires de suficiencia, sin duda fijándose en todos los lugares desgastados de la alfombra del salón para visitas. No tardé en enviarla a freír espárragos, no me importa decírtelo.

Anne sonrió levemente. Ya había oído esa historia muchas veces, y todas las profesoras residentes de la escuela sabían de la impercedera antipatía de su directora por la aristocracia, en particular por aquellos desafortunados que ostentaban el título de duque, y muy en especial por el que llevaba el título de duque de Bewcastle. Y Freyja, la actual lady Hallmere, estaba muy cerca del segundo lugar en su lista negra.

—Tiene sus buenas cualidades —dijo.

Claudia Martin emitió un sonido muy semejante a un bufido.

—Cuanto menos se diga sobre ese punto, mejor. Pero, por si me has entendido mal, Anne, no lamento en absoluto haberte contratado y supongo que estuvo muy bien que en esos momentos yo no enten-

diera la relación existente entre Lydmere de Cornualles, de donde venías, el marqués de Hallmere, que vivía cerca en Penhallow, y lady Freyja Bedwyn. —Pasado un momento dijo—: Señorita Osbourne.

Su voz se elevó por encima del canto de las chicas, que lo interrumpieron. Susanna se giró a mirarlas, con la cara iluminada por la risa y detuvo el avance.

—Esa es la casa de lady Potford, me parece —dijo la señorita Martin, entonces, indicando la casa siguiente al lugar donde se habían detenido—. Me alegra que seas tú y no yo, Anne, pero que lo pases muy bien.

David salió de su puesto en la fila para ponerse junto a Anne, Susanna se despidió con una sonrisa, y la fila continuó su camino hacia el Sally Lunn's, que estaba más allá de la Abadía al otro lado del río.

—Adiós, David —gritaron algunas chicas, con más osadía de la que habrían tenido en otra ocasión estando en público. Prevalecía el espíritu de vacaciones—. Adiós, señorita Jewell. Ojalá viniera usted también con nosotras.

Claudia Martin puso los ojos en blanco y echó a caminar detrás de sus queridas alumnas.

Tal como comentara la señorita Martin, no era la primera vez que Anne visitaba a lady Potford en su casa de Great Pulteney Street. Cuatro años atrás, cuando llegó a Bath a trabajar en la escuela de la señorita Martin, había ido allí, bastante nerviosa, con una carta de presentación, y desde entonces la habían invitado varias veces.

Pero la invitación de ese día era una ocasión especial, y al mirar a su hijo de nueve años, después de golpear la puerta con la aldaba, vio en sus ojos un destello de entusiasmada expectación. El marqués de Hallmere era la persona favorita del niño, aun cuando no se veían con mucha frecuencia. Joshua siempre había sido bueno con él, las veces que se habían encontrado: las dos ocasiones en que los invitó a ambos a pasar una semana de las vacaciones escolares en Penhallow, la sede rural del marqués en Cornualles, y las dos veces que estuvo en Bath y fue a visitarlos a la escuela para sacar a pasear a David en su títburi. Y jamás se olvidaba de enviarle regalos para su cumpleaños y para Navidad.

Anne le sonrió a su hijo mientras esperaban que el mayordomo abriera la puerta. Estaba creciendo rápido, pensó, pesarosa. Ya no era un niño pequeño.

Pero se portó como un niño pequeño cuando entraron en la casa y vio que el marqués venía bajando la escalera para recibirlos sonriendo alegremente. David voló hacia él, todo entusiasmo y parlotando como un niño pequeño. Joshua lo levantó en los brazos y le dio una vuelta en volandas, haciéndolo reír de felicidad.

Observándolos, Anne sintió una opresión casi dolorosa en el corazón. Había derramado su amor de madre sobre su hijo durante nueve años, pero, lógicamente, nunca había podido darle el amor de un padre.

—Muchacho —dijo el marqués, dejándolo en el suelo—, seguro que llevas unos cuantos ladrillos en las suelas de los zapatos. Pesas una tonelada. O tal vez sólo se debe a que has crecido. Veamos, debes de tener... ¿doce años?

—¡No! —exclamó David, riendo alegremente.

—¡No me digas que tienes trece!

—¡No! ¡Tengo nueve!

—¿Nueve? ¿Sólo nueve? Me has dejado mudo de asombro.

Después de revolverle el pelo al niño con una mano, el marqués se volvió hacia Anne sonriendo.

—Joshua, cuánto me alegra verte —dijo ella.

Era un hombre alto y guapo, bien formado, de pelo rubio, rostro bondadoso, y unos ojos azules que casi siempre sonreían. Anne siempre le había tenido mucho cariño, cariño mezclado con sentimientos que de tanto en tanto habían rayado en lo romántico, aunque jamás se había permitido que pasaran a pasión. Cuando era simplemente Joshua Moore también había sido su amigo, cuando ella trabajaba de institutriz en la casa de los tíos de él, y siguió siéndolo después que la despidieron. Su amistad había sido infinitamente más valiosa para ella de lo que podría haber sido una pasión no correspondida.

Además, cuando conoció a Joshua Moore ella amaba a otro hombre. Incluso existía un entendimiento con ese hombre, con el que se consideraba comprometida en matrimonio.

Él le cogió las manos y se las apretó fuertemente.

—Anne, estás guapísima. El aire de Bath parece sentarte bien.

—Sí que me sienta bien. ¿Cómo está lady Hallmere? ¿Y los niños?

—Freyja está en el salón, la verás dentro de un momento. Daniel y Emily están arriba con la niñera. Tienes que verlos antes de marcharte. Daniel ha declarado lo menos diez veces en la última hora que simplemente no ve las horas de que llegue David. —Miró a David sonriéndole como pidiéndole disculpas—. Un niño de tres años no es un buen compañero de juego para ti, muchacho, pero si te apetece ir a entretenerlo un rato, o dejar que él te entretenga, lo harás el niño más feliz del mundo.

—Me encantaría jugar con él, señor —respondió David.

—Buen chico —dijo Joshua, revolviéndole el pelo otra vez—. Pero ven a presentar tus respetos en el salón primero. Sólo a los niños pequeños los mandamos directo a la sala de los niños, y tú no entras en esa categoría, ¿verdad?

—No, señor —dijo David, mientras Joshua le ofrecía el brazo a Anne haciéndole un guiño.

Lady Potford los recibió muy amablemente en el salón, y lady Hallmere se levantó y correspondió con una inclinación de la cabeza a la reverencia de David, y luego miró a Anne, evaluadora.

—La veo muy bien, señorita Jewell —le dijo.

—Gracias, lady Hallmere —repuso Anne, flexionando las rodillas en una reverencia.

Siempre la había intimidado un poco la marquesa, con su pequeña estatura y los extraños rasgos de su cara bastante guapa y de expresión algo dura. Cuando la conoció le cayó mal y pensó que no era una esposa adecuada para el bondadoso y sencillo Joshua. Pero luego descubrió que su ex discípula, lady Prudence Moore, la prima de Joshua retardada mental, adoraba a lady Freyja, que siempre era inespablemente amable con ella; y Prue siempre había sido buena para juzgar el carácter de las personas. Y después, lady Freyja, al enterarse de que ella llevaba sólo una media existencia como madre soltera y aspirante a profesora en la aldea de pescadores Lydmere, se presentó una mañana en su puerta y le ofreció un puesto en la escuela de la señorita Martin, de la que era la benefactora anónima.

Si Claudia Martin llegaba a enterarse de eso alguna vez, habría problemas. Lógicamente Anne había jurado guardar el secreto.

Había llegado a respetar, querer e incluso admirar a lady Hallmere, y su matrimonio con Joshua tenía todas las trazas de ser un matrimonio por amor.

Durante varios minutos David fue el centro de atención, contestando preguntas sentado al lado de Joshua y mirándolo casi con adoración, como a su héroe. Después, justo antes que les trajeran la bandeja con el té, lo enviaron a la sala de los niños, prometiéndole que allí le servirían pasteles y limonada.

—Acabamos de llegar de Lindsey Hall —le explicó Joshua a Anne mientras servían el té—. Estuvimos allí para la gran celebración familiar del bautizo del hijo y heredero de Bewcastle.

—Espero que sea un niño sano —dijo Anne educadamente—, y que la duquesa se haya recuperado bien.

—Sí a las dos cosas —sonrió Joshua—. Creo que el nuevo marqués de Lindsey va a ser digno del apellido Bedwyn. Tiene un par de potentes pulmones y no vacila en usarlos para conseguir lo que sea que desee.

—Y ahora vamos de camino a Gales para pasar un mes allí —añadió lady Hallmere—. Bewcastle tiene una propiedad allí y pensaba hacer una breve visita, pero la duquesa insistió en acompañarlo, y entonces todos decidimos ir también, puesto que consideramos que era demasiado pronto para separarnos y que cada uno se marchase por su cuenta.

—Unas vacaciones junto al mar es una perspectiva bastante placentera —dijo Joshua sonriendo—, aun cuando vivimos a un tiro de piedra del mar en Cornualles. Pero los Bedwyn no suelen reunirse todos con frecuencia, y nuestros hijos estaban tan encantados y felices en Lindsey Hall por tener con quien jugar y pelear, que nos pareció casi una crueldad privarlos de la compañía mutua durante un mes o más.

Qué maravilloso tenía que ser pertenecer a una familia numerosa tan unida, alborotadora y alegre, pensó Anne tristemente. Qué fantástico para los niños.

—¿Ya terminaron las clases en la escuela, señorita Jewell? —preguntó lady Potford.

—Ayer se marcharon las niñas a sus casas, señora.

—¿Y usted también se irá a su casa? —preguntó lady Potford.

—No, señora, me quedaré en la escuela. La señorita Martin recibe alumnas en régimen gratuito además de las que pagan, y es necesario atenderlas durante las vacaciones.

Claro que no hacía ninguna falta que se quedaran Claudia, Susana y ella, pero ninguna de las tres tenía adónde ir, a no ser que su íntima amiga Frances Marshall, condesa de Edgecombe y ex profesora de la escuela, llegara del Continente, donde había ido con el conde a hacer una gira de recitales de canto, e invitara a una de ellas a pasar un tiempo en Barclay Court, en Somersetshire, como solía hacer siempre que estaba en casa durante unas vacaciones escolares.

—¿Todavía no has ido a casa, entonces, Anne? —le preguntó Joshua.

—No.

No había ido desde el día en que naciera David, más de diez años ya. Era muchísimo tiempo. Entonces ella sólo tenía diecinueve años, y su hermana Sarah diecisiete. Y Mathew, su hermano mayor, ya clérigo, sólo veinte, aunque todavía estaba estudiando en Oxford. Por aquel entonces Henry Arnold también acababa de cumplir veinte años; ella había estado en casa para su cumpleaños; habían hablado de cuando cumpliera la mayoría de edad al año siguiente, y ella no tuvo ninguna premonición de que no estaría allí para esa ocasión, como tampoco de que no volvería a verlo nunca más.

—Tenemos que pedirte una cosa, Anne —dijo Joshua.

Ella miró de él a lady Hallmere y luego a él otra vez.

—¿Sí?

—Soy cada vez más consciente —suspiró Joshua— de que David es mi pariente consanguíneo, Anne, mi primo.

Anne se puso rígida.

—¡No! Es hijo «mío».

—Y de que además tendría mi título y todo lo que le acompaña —continuó Joshua— si Albert se hubiera casado contigo.

Anne se levantó tan bruscamente que derramó un poco de té en el platillo antes de dejar la taza en la mesita lateral.

—David es hijo «mío».

—Pues claro que sí —dijo lady Hallmere, en tono altivo y como si decir eso la aburriera, aunque sus ojos la perforaban—. Mientras nos marchábamos de Lindsey Hall a Joshua se le ocurrió que a su hijo



podría gustarle pasar el verano en compañía de otros niños, aunque tenemos que reconocer que la mayoría son bastante menores que él. Pero estará Davy, el hijo adoptivo de Aidan y Eve, que tiene once años. Es bastante mala suerte que él y su hijo tengan el mismo nombre, pero creo que nadie tendrá ningún problema para distinguirlos. Y en realidad podría ser muy divertido para cada uno no acatar las órdenes no deseadas del otro y después asegurar que creía que la orden iba dirigida a él. También estará ahí el sobrino de la duquesa, Alexander, que tiene diez años.

—De verdad nos gustaría llevar al muchacho con nosotros, Anne —dijo Joshua—. ¿Qué te parece?

Anne se mordió el labio y volvió a sentarse.

—Siempre ha sido una gran preocupación para mí que se haya criado en una escuela de niñas, en la que aparte de los profesores de arte y de baile, todas son profesoras. Es muy querido y mimado por todo el mundo, yo no podría tener más suerte en ese aspecto. Pero ha tenido muy poco contacto con hombres y casi ninguno con niños.

—Sí, eso lo sé —dijo Joshua—, y es mi intención enviarlo al colegio cuando sea mayor, con tu permiso, por supuesto, pero mientras tanto debería tener contacto con otros niños. Daniel y Emily son muy pequeños para él, pero de todos modos son sus primos segundos. Y por lo tanto todos los demás niños Bedwyn están emparentados con él también. No quiero insistir en ese tema porque sé que te molesta, pero es la verdad. ¿Le permitirás venir con nosotros?

Una irracional sensación de pánico le formó un nudo en la boca del estómago a Anne. Jamás había estado separada de David más de unas pocas horas. El niño era «de ella». Aunque sólo tenía nueve años, sabía que lo perdería en un futuro no muy lejano. Al fin y al cabo, ¿cómo podía negarle una educación adecuada con niños de su misma edad? Pero ¿eso debía comenzar ya? ¿Debía renunciar a él durante todo un mes o más ese verano?

Y ¿cómo podría negarse? Sabía muy bien que si se lo preguntaba a David vería en sus ojos ese destello de expectación, como si deseara su permiso.

Notó que le temblaban las manos que tenía apoyadas en la falda. Por primera vez en los más de diez años que lo conocía, sintió re-

sentimiento con Joshua. En realidad casi lo odió, en especial por su insistencia en que David era su pariente y por lo tanto su responsabilidad.

David no era pariente suyo.

Era hijo «de ella».

—Señorita Jewell —dijo la marquesa, entonces—, un niño de nueve años es demasiado pequeño para estar separado de su madre todo un mes. Y aunque de momento sólo puedo hablar como la madre de niños de tres y de un año, ya estoy absolutamente convencida de que ninguna madre está dispuesta a estar separada de su hijo de nueve años. Lógicamente usted debe venir a Gales también.

—Tienes toda la razón, Freyja —dijo lady Potford—. ¿Su presencia en la escuela durante el verano es absolutamente esencial, señorita Jewell?

—No, señora. La señorita Martin y la señorita Osbourne también se quedarán aquí.

—Todo arreglado, entonces —dijo Joshua alegremente—. Venís con nosotros tú y David, y Daniel estará tan entusiasmado que igual vamos a tener que atarlo. ¿Vendrás?

—Pero ¿cómo podría? —preguntó ella, estupefacta; sabía muy bien que invitarla a ella fue una ocurrencia posterior—. Es la casa del duque de Bewcastle.

—Puá, puá —dijo lady Hallmere, desechando eso con un gesto de la mano—. Es una casa Bedwyn, y yo soy una Bedwyn. Además, es una casa muy grande. Debe venir, ciertamente.

El duque de Bewcastle, pensó Anne, tenía fama de ser uno de los aristócratas más fríos y estirados del país. Todos los Bedwyn tenían fama de ser muy arrogantes y altivos. Ella era la hija de un caballero de muy poca importancia social más allá del lugar donde vivía. Además, era profesora y ex institutriz. Y todo eso no era nada comparado con la realidad de que era también madre soltera de un hijo ilegítimo.

¿Cómo podría entonces...?

—No aceptaremos un no —dijo lady Hallmere en tono imperioso, mirándola altivamente a lo largo de su bastante prominente nariz—. Así que ya puede resignarse a volver a la escuela después del té a hacer su equipaje.

La casa de Gales era muy grande, había dicho la marquesa. Los Bedwyn eran muchos y todos ya estaban casados y tenían hijos. Por lo tanto, seguro que le sería bastante fácil mantenerse apartada de ellos. Podría pasar la mayor parte del tiempo haciéndose útil con los niños. Y mientras tanto David correría con libertad por una casa de campo en una propiedad cerca del mar y, más importante aún, tendría a otros niños para jugar, algunos de ellos de su misma edad. Tendría a Joshua, al que adoraba, como modelo masculino adulto.

No podía negarle todo eso a su hijo. Pero tampoco podía dejarlo ir solo.

—Muy bien —dijo—. Iremos. Gracias.

—¡Espléndido! —exclamó Joshua, sonriéndole de oreja a oreja y frotándose las manos.

De todos modos, mientras iban caminando de vuelta a la escuela un rato después, no se sentía tan segura de haber hecho bien al aceptar. Pero ya era tarde para cambiar la decisión. Joshua ya se lo había dicho a David y a Daniel, cuando la acompañó a la sala de los niños para que conociera a su hija menor. Y David iba saltando a su lado como un niño mucho más pequeño, y parlotando en voz alta y excitada, lo que atraía más de una mirada de los transeúntes.

—Y vamos a salir a navegar en barca, vamos a bañarnos y nadar en el mar y a subir por las rocas —iba diciendo—. Y construiremos fuertes de arena, jugaremos al críquet, treparemos por los árboles y jugaremos a los piratas. Y va a estar Davy ahí, ¿te acuerdas de él, mamá, de hace unos años, antes que nos viniéramos a Bath? Y estará un niño llamado Alexander. Y habrá niñas también; me acuerdo de Becky, ¿y tú? Y los pequeños van a necesitar a alguien que juegue con ellos, y a mí me encanta hacer eso. Me gusta Daniel; me va detrás como si yo fuera un gran héroe. ¿Es cierto que es mi primo?

—No —se apresuró a decir Anne—. Pero para él eres un héroe, David. Eres un niño grande. Tienes nueve años cumplidos.

—Qué divertido va a ser —comentó él, cuando doblaron la esquina de Sutton Street y entraron en Daniel Street—. Déjame que lo cuente yo, mamá —le pidió cuando golpeó la puerta de la escuela.

Y eso hizo, tan pronto como se abrió la puerta, contándoselo al anciano portero, que se deshizo en exclamaciones de asombro en los momentos oportunos.

—Sí, señor Keeble —dijo Anne, mirándolo a los ojos por encima de la cabeza de David—. Vamos a ir a Gales a pasar el verano.

David ya iba subiendo la escalera para ir a contarle la feliz noticia a la gobernanta.

—¿Cómo has dicho? ¿Que vas a hacer «qué»? —preguntó Claudia Martin una hora después.

Acababan de volver a la escuela, y la ordenada fila ya se había disuelto en grupos de bulliciosas niñas, que, sin excepción, le habían asegurado a Anne, al pasar junto a ella para subir la escalera, que se había perdido un té fabuloso y que los bollos de Sally Lunn eran tan grandes que seguro que no podrían comer absolutamente nada hasta la mañana siguiente.

La pregunta de Claudia era superflua, claro, puesto que no padecía de ningún tipo de sordera ni leve defecto de audición, y la única otra ocupante de su sala de estar particular era Susanna, que estaba repantigada en el sillón junto al hogar apagado recuperándose de la larga caminata al calor del verano. Se estaba abanicando la cara con la papalina de paja que acababa de quitarse de la cabeza.

Al contrario de la profesora más joven, Claudia se veía fresca como una rosa, como si hubiera pasado toda la tarde en esa sala de estar. Estaba muy pulcra también; su pelo castaño recogido en un severo moño en la nuca.

—Voy a ir a pasar un mes en Gales, si puedes prescindir de mí, Claudia —repitió Anne—. Dicen que es un país muy hermoso. Y a David le irá bien disfrutar del aire marino y conocer niños mayores y menores que él, niños y niñas.

—Y ¿esos niños son Bedwyn? —preguntó Claudia, pronunciando el apellido Bedwyn como si se refiriera a un gusano particularmente odioso—. Y ¿tu anfitrión va a ser el duque de Bewcastle?

—Lo más probable es que ni siquiera lo vea —dijo Anne—. Y tendré poco o nada que ver con los Bedwyn. Al parecer habrá un buen número de niños. Me pasaré el tiempo en la sala de juegos y en el aula, entreteniéndolos.

—Sin duda tienen niñeras, institutrices y preceptores como para llenar una mansión —dijo Claudia, sarcástica.

—Entonces una más no significará nada —repuso Anne—. No podía negarme, Claudia. Joshua siempre ha sido muy bueno con nosotros, y David lo quiere.

—Lo compadezco de todo corazón —dijo la señorita Martin, sentándose en el otro sillón cercano al hogar, frente al de Susanna—. Tiene que ser una experiencia terrible para él estar casado con «esa mujer».

—Y tener de cuñado al duque de Bewcastle —añadió Susanna, sonriéndole a Anne, con los ojos chispeantes de risa; incluso le hizo un guiño cuando Claudia no la estaba mirando—. Es una gran lástima que esté casado. Yo habría ido contigo para conquistarlo. Sigue siendo mi principal objetivo en la vida casarme con un duque.

Claudia emitió un bufido, y luego se echó a reír.

—Entre las dos me vais a hacer arrancarme las canas de la cabeza cada noche hasta que quede calva antes de cumplir los cuarenta.

—Te envidio, Anne —dijo Susanna, dejando a un lado la papalina y enderezando la espalda—. La idea de pasar un mes junto al mar en Gales es muy atractiva, ¿eh que sí? Si no quieres acompañar tú a David lo acompañaré yo. Nos llevamos a las mil maravillas.

En sus ojos seguía el guiño travieso, pero Anne detectó cierta tristeza en sus profundidades. A sus veintidós años, Susanna era maravillosamente hermosa, con su constitución menuda, pequeña estatura, pelo castaño rojizo y ojos verdes. Había llegado a la escuela a los doce años en régimen gratuito, después de haber fracasado en su empeño de encontrar empleo en Londres como doncella de señora simulando más edad. Seis años después, al terminar sus estudios, continuó en la escuela, pues la señorita Martin le ofreció un puesto en su personal docente, e hizo extraordinariamente bien su transición de alumna a profesora. Anne no sabía mucho de su vida anterior a los doce años, pero sí sabía que Susanna estaba absolutamente sola en el mundo. Jamás había tenido ningún galán, aun cuando hacía volver las cabezas masculinas tan pronto como ponía un pie en la calle. Aunque era de naturaleza alegre, siempre había en ella un aire de tristeza que sólo podía percibir una amiga íntima.

—¿Estás total, totalmente segura, Anne, de que no preferirías quedarte aquí a pasar el verano? —preguntó Claudia—. Pero no, claro que no lo preferirías. Y tienes toda la razón. David necesita la compa-

ña de otros niños, en especial de chicos; es una oportunidad muy buena para él. Ve, entonces, con mi bendición, aunque no la necesitas, y procura mantenerte tan alejada de los Bedwyn adultos como de la peste.

—Lo juro solemnemente —dijo Anne, levantando la mano derecha—. Aunque lo más probable es que ocurra al revés.